

Hugo Bouter

# La novia junto al pozo

## *Sobre la llamada de la novi*

*«Bajó al pozo, llenó su cántaro y subió. El criado corrió a su encuentro y le dijo: Por favor, déjame beber un poco de agua de tu cántaro. Y ella le dijo: Bebe, mi señor.*

*Entonces, ella se apresuró a bajar su cántaro a la mano y le dio de beber».*

Génesis 24:10s

---

### La búsqueda de una esposa para Isaac

De la historia del matrimonio de Isaac con Rebeca se pueden extraer todo tipo de lecciones, tanto prácticas como tipológicas. Lo que me gustaría destacar aquí especialmente es la conexión que se establece entre la novia y el pozo de agua, que vemos dos veces en este capítulo. El siervo de Abraham encontró a Rebeca en el manantial de las afueras de la ciudad de Harán, de donde ella sacó agua para dársela al siervo y a sus camellos. Y al final de Génesis 24, Rebeca se encontró con su futuro marido no lejos del manantial Lahai-Roi, donde vivía Isaac.

Estos incidentes tienen ante todo un valor práctico: es bueno que los creyentes se vean y se encuentren en el pozo del que todos podemos beber: la Palabra viva de Dios. Al reflexionar sobre la novia en el pozo, la lección tipológica para los creyentes – que pertenecemos a la novia de Cristo, la iglesia – es también obvia. Cristo es el Cordero de Dios y nos ha comprado con el precio de Su vida. Murió por nosotros y resucitó. Dios lo levantó de entre los muertos, al igual que Abraham también recibió a su hijo de vuelta de la muerte en un sentido figurado (He 11:17-19). Tras el sacrificio del Hijo (Gn 22) y dejar de lado al pueblo del que Él procedía en cuanto a la carne (Gn 23) – Israel era temporalmente Lo-Ammi – comenzó la búsqueda de una novia. El Padre ama al Hijo y ha entregado todas las cosas en Su mano (Jn 3:35).

Él es el heredero de todas las cosas, al igual que Abraham había dado a Isaac todo lo que poseía.

Pero Cristo no posee solo esta elevada posición, esa gloria universal. El consejo de Dios ha sido colocar una esposa a su lado para hacerla partícipe de Su gloria. Ella lleva un nombre especial. Es «la esposa del Cordero» (Ap 21:9). Está unida a Aquel que estaba muerto, pero que vive para siempre. Según el último libro de la Biblia, el Cordero es el gran foco de todos los consejos de Dios. Como Adán y Eva fueron puestos sobre la primera creación, así el último Adán y Su esposa gobernarán sobre los nuevos cielos y la nueva tierra.

## El deseo del Espíritu y de la novia

La llamada de la novia, la formación y la preparación de la iglesia se producen por obra del Espíritu Santo. El Espíritu fue enviado a esta tierra por Dios Padre para preparar una novia para el Hijo de Su amor. El siervo de Abraham no aparece en Génesis 24, su nombre ni siquiera se menciona aquí (solo en Gn 15:2). Únicamente actúa en nombre de Abraham y de Isaac. Lo mismo ocurre con el Espíritu Santo, que actúa en nombre del Padre y del Hijo y no reclama ninguna atención ni honor para Sí mismo. El Nuevo Testamento, por lo tanto, no proporciona ejemplos de oraciones y alabanzas dirigidas al Espíritu Santo. El Espíritu ahora está llamando a una novia de este mundo para hacerla apta para el Hombre que está en la gloria, nuestro Señor Jesucristo.

Pero ¿dónde se encuentra la novia? ¿Dónde está el Espíritu Santo trabajando en este mundo, buscando a la esposa del Cordero, la iglesia que responde a los deseos de Su corazón? La respuesta es muy sencilla. Como Rebeca, la esposa del Hijo se encuentra «junto al pozo». Se reúne en torno al pozo vivo de la Palabra de Dios. Después de todo, como creyentes bebemos de las aguas claras de la Palabra de Dios. La Palabra es viva y poderosa, nos limpia, refresca y vivifica (Jn 13:10; Ef 5:26). Además, se nos ha dado a beber del Espíritu de Dios (1 Co 10:4; 12:13). Así que el manantial tiene un doble significado. Habla del agua pura de la Palabra, pero también de la acción vivificante del Espíritu Santo. Esto no debe sorprendernos. Después de todo, un principio importante es que la Palabra y el Espíritu no pueden dividirse. El Espíritu actúa a través de la Palabra, y la Palabra es vivificada en nuestros corazones por el Espíritu.

El agua que Cristo nos da sacia nuestra sed espiritual, el deseo de Dios, de paz, de perdón, de vida eterna (cf. Jn 4,14). El agua que Él da se torna en nosotros una fuente de agua que brota para vida eterna. Y no solo satisface nuestras propias

necesidades. El agua viva también fluye de nuestro interior para saciar la sed de los demás. Las corrientes de agua viva, por así decir, humedecen la tierra sedienta que nos rodea (Jn 7:37-39). Y todo el que tenga sed, puede venir. El que quiera, puede tomar el agua de la vida libremente (Ap 22:17).

Este importante versículo del último capítulo de la Biblia nos muestra cómo el Espíritu y la novia esperan el regreso de Cristo. El Espíritu y la novia exclaman juntos: ¡Ven! La novia anhela la llegada de su Esposo, que como brillante Estrella de la Mañana anuncia el fin de la noche. Y es el Espíritu de Dios quien le avisa de estas cosas.

Por otro lado, claro está, no es bueno que la iglesia pase por alto a las personas sedientas que tiene alrededor. Las corrientes de agua viva también deben llegar a los demás. Mientras Cristo no vuelva, el Evangelio que sacia la sed se les ofrece a todos. Es la novia quien lo hace: saca el agua viva y la comparte con los demás. El Evangelio es ofrecido gratuitamente. Quienes tengan sed, que vengan; y quienes quieran, que tomen el agua de la vida gratis, sin dinero y sin precio.

Génesis 24 es una hermosa ilustración del Antiguo Testamento. La novia junto al pozo está dispuesta a compartir el agua con los demás. No piensa en sí misma, sino que quiere saciar la sed del forastero, que le pide: «Déjame beber un poco de agua de tu cántaro» (v. 17). Rebeca se hallaba muy dispuesta en este sentido. Mostraba voluntad de hacer todo lo que el siervo de Abraham esperaba de ella mientras él oraba. Estaba dispuesta a servir y demostró estar hecha de otra pasta. Hay otras cosas buenas sobre ella que menciona este capítulo, de esta manera vemos aún más características de la esposa de Cristo. Pero esto es lo primero que se nos presenta aquí: la disposición a servir y a saciar la sed de los demás.

## La preparación práctica de la novia

Podemos mencionar algunas «buenas cualidades» de Rebeca, cosas que destacan aquí en relación con la llamada de la novia:

1. Una relación familiar con el novio (v. 4, 15, 24, 27, 47-48);
2. La novia se adorna con las riquezas del novio (v. 22, 30, 53);
3. Está dispuesta a seguir al siervo a la tierra de Canaán (v. 3-9; 37-41; 54-61);
4. Se cubre con un velo en señal de completa devoción al novio (v. 64-65).

Cada una de estas cosas tiene también un profundo significado espiritual, en cuanto se refiere a la preparación de la esposa de Cristo. Hay un parentesco con Él en el hecho de que oímos y hacemos la Palabra de Dios, porque somos nacidos de Dios (Lc 8:21; Jn 1:12-13). No puede haber ninguna duda sobre nuestra relación con Él; esto debemos tenerlo claro.

A continuación, vemos que la novia es sacada del presente mundo malo (cf. Gal 1:4). El Espíritu está reuniendo una congregación para el Hijo en esta dispensación de la gracia. Esta compañía es tomada de la mano por el Espíritu, por así decir, para unirse a su Esposo celestial. Da con determinación la espalda al mundo y sale al encuentro del Esposo (Mt 25:1-6; Ap 18:4).

No es una novia pobre y desamparada la que se dirige a la Tierra Prometida. Las riquezas del Hijo se nos han dado ahora y debemos adornarnos con ellas. Las valiosas posesiones de Cristo son nuestra legítima porción. Es precisamente la labor del Espíritu Santo, el Consolador, tomar estos tesoros y mostrárnoslos (Jn 16:13-15). Así, Cristo pone su gloria sobre nosotros y nos convertimos en Su posesión. De esto habla especialmente el pirsin en la nariz de Rebeca (v. 22, 30, 47).

El oro con el que se adorna la novia es una imagen de la justicia y la gloria divinas (Sal 45:10). La plata simboliza la expiación, el precio que hubo que pagar por nuestra redención (Ex 30:11-16; 38:25-26; 1 P 1:18-19). Las ropas que se le entregan a la novia recuerdan al vestido de alabanza, las vestiduras de salvación, al manto de justicia (Is 61:3,10). Es el rico manto con el que Dios nos ha vestido (Zc 3:4-5).

Así, el Espíritu toma a la Iglesia, la esposa de Cristo, y la pone en camino (cf. Gn 24:61). Bajo su guía es conducida al encuentro del Señor. Esa es la tarea del Espíritu como nuestro Ayudante. De este modo, llegamos a conocer a Jesús cada vez mejor. Por medio de la enseñanza del Consolador obtenemos una visión de las glorias de Cristo. Todas nuestras preguntas tienen respuesta en la Palabra de Dios. El Espíritu Santo nos guía y nos prepara para nuestro encuentro con el Señor de la gloria, el Hombre del cielo.

## ¿Quién es este hombre?

El encuentro entre Isaac y Rebeca tuvo lugar en el sur, en el Néguev, no lejos del pozo Lahai-Roi. Cuando Rebeca preguntó «¿Quién es ese hombre que sale al campo a recibirnos?», el criado respondió claramente: «Es mi amo». Entonces, Rebeca tomó su velo y se cubrió (v. 62-65).

La lección para nosotros es que, por la guía del Espíritu Santo, nos encontramos con nuestro Señor en la fuente. Cuando el Espíritu nos muestra las glorias de Cristo a partir de la Palabra, se produce un encuentro al tiempo que nos postramos ante Él y nos consagramos totalmente a Él. Esto ya sucede durante nuestra vida, cuando aprendemos a verle con el ojo de la fe. Entonces nos damos cuenta de que somos Su posesión y de que, en adelante, debemos vivir solo para este Hombre (cf. Ro 7:4). La cobertura del velo expresa esto de una manera simbólica y hermosa.

Sin embargo, el encuentro real entre Cristo y la iglesia solo tendrá lugar al final de esta dispensación. El Espíritu y la novia serán entonces arrebatados de la tierra. Pronto seremos arrebatados «para encontrarnos con el Señor en el aire. Y así estaremos siempre con el Señor» (1 Ts 4:15-18). Pero el rapto de la iglesia no es la enseñanza que quiere darnos Génesis 24. Los tipos del Antiguo Testamento se refieren siempre a cuestiones prácticas de nuestra vida espiritual. Nosotros nos «encontramos» con el Señor en el lugar en el que nos reúne en torno a Él, donde su Palabra está en el centro. Esto produce el deseo de consagrarnos a Él sin reservas, siendo el resultado una vida a Su servicio.

---

